



*Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros
(1996)*

"Del MLN al Congreso del MPP"

El MLN entiende que el enemigo principal es el imperialismo que, para poder dominar necesita, y por ahora logra, por un lado someter a los pueblos bajo sus respectivos Estados Centrales, y por el otro, contar con aliados en cada uno de los Estados Sometidos.

Definimos como "oligarquía", a los sectores económicos y sociales que en nuestro país operan como aliados del imperialismo.

Lo anterior, y por actuar en el seno de un Estado Sometido, instala la "Cuestión Nacional" en nuestra estrategia.

Pero también define al conjunto de los enemigos principales (el imperialismo y sus aliados "nativos") y al conjunto de los aliados POSIBLES.

Definimos (a los efectos de ser claros) al conjunto de las fuerzas sociales y políticas que PUEDEN aliarse en esta empresa histórica como "PUEBLO". Dicho concepto abarca a nuestro entender: al proletariado, al conjunto de los trabajadores, a los mal llamados marginados, a los intelectuales patrióticos, a los pequeño burgueses, a los pequeños y medianos burgueses y aun a los burgueses cuyos intereses se enfrenten a los del imperialismo sea por la razón que sea.

Al conjunto de los segmentos sociales no sólo explotados sino sometidos, sea por lo que sea: mujeres, jóvenes, jubilados, etcétera. Ese "etcétera" depende del análisis concreto de las situaciones concretas y puede ser cambiante.

Esa es (el concepto "pueblo" así definido) la "fuerza motriz" de la revolución históricamente posible en su primera fase.

No creemos en la existencia, estratégicamente operante, de una "burguesía nacional" en Uruguay y, por lo tanto, en "etapas" de la revolución posible y deseable. Pero sí constatamos la presencia activa de burgueses y, a veces, de sectores burgueses, que por un lado son golpeados en sus intereses concretos por las políticas imperiales y, por el otro, desarrollan actividades estrechamente vinculadas a la producción de bienes reales, la creación de fuentes de trabajo y, en fin, emprendimientos de valor estratégico para el PUEBLO. Por lo general, dichos sectores se ven enfrentados también al cúmulo de actividades burguesas puramente especulativas, parasitarias y aún lisa y llanamente criminales, que fincan sus "inversiones" en el área de la intermediación, la usura de los más variados tipos, y las estafas y negociados "sucios".

Con estos burgueses -o sectores de su clase- podemos y debemos tener una relación de alianza basada, por lo tanto, en la lealtad. Pero al mismo tiempo que los apoyamos contra el imperialismo y contra otros burgueses, exigimos el respeto a los derechos



laborales y a los compromisos que para cada momento histórico hayan contraído con sus trabajadores.

Capítulo aparte merece el sector, cada día más importante, de “los mal llamados marginados”. Tanto el MLN como el MPP y sus fuerzas y compañeros/as integrantes, hemos, tal vez más que nadie, analizado esa “nueva” realidad social y, lo más importante, militado intensamente junto a ella en sus expresiones más activas. No podemos detenernos en este documento en las consideraciones más exhaustivas - pero aún insuficientes- que hemos hecho en otros, pero sí debemos señalar lo que ya todos sabemos: por imperio de las políticas hegemónicas hoy, dicho sector irá creciendo. No encuentra, hasta la fecha, expresión social y política organizada adecuada a su volumen y al de sus necesidades. Lo que en la materia existe, resulta a todas luces insuficiente. Constituye un gran desafío para nosotros y para la izquierda en su conjunto, dar cabal respuesta a esa demanda de los tiempos que corren. Respuesta positiva y de avance en todos los planos. De no hacerlo, se corre el riesgo estratégico de que sea potencia social canalizada hacia el campo enemigo.

Se desprende de lo anterior, que las clases y sectores explotados y sometidos de los Estados Imperialistas son “objetivamente” aliados posibles en la empresa revolucionaria que se debe llevar a cabo. Esto supone una tarea de suma importancia: la acción internacional del MPP y su puntería: los pueblos de los países sometidos y los citados aliados potenciales de los países o estados dominantes.

Que estas posibilidades existan objetivamente no quiere decir que automáticamente existan como fuerzas sociales y políticas organizadas, conscientes y operantes.

Por el contrario, esa última necesidad o requerimiento es el desafío para nosotros: convocar, organizar y, de ser posible, ayudar a conducir a ese vasto conjunto de fuerzas.

El MLN es, además, socialista. Con todo lo que ello implica: intenta ser expresión de los intereses de la clase obrera y por lo tanto sabe que además de la oligarquía hay otros sectores sociales que, aun cuando puedan ser antiimperialistas, son explotadores. El carácter de país explotado introduce esa complejidad -de hecho la “cuestión nacional”- en el análisis y las conclusiones para nuestra acción.

Compartimos por lo tanto plenamente, la consigna central del MPP: “Por la Liberación y el Socialismo” y proponemos que el presente Congreso la ratifique porque condensa la concepción estratégica que hemos resumido.

El MLN no le exige a nadie, porque no debe hacerlo, que para esta fase de la revolución históricamente posible, sus aliados se definan socialistas ni, lo que sería peor, socialistas tal como lo entendemos. Lo que sí exige, PARA EL MPP, es la definición clara que emerge de dicha consigna: no habrá liberación nacional sin socialismo pero tampoco habrá socialismo sin liberación nacional. Ambas fases o aspectos de la “cuestión” están para nosotros íntimamente ligados en el “proyecto” MPP.

El MLN participa en el MPP porque entiende que sus solas fuerzas no pueden NI DEBEN plantearse como estrategia ninguna de las dos cosas: aglutinar por sí a los socialistas ni, menos, a los patriotas (palabra que refiere, en nuestro lenguaje, a los partidarios de la liberación nacional).



El conjunto social, político, ideológico, militar y económico de los enemigos es de tal fortaleza, que sin lograr aglutinar en conciencia y organización al mucho más vasto y poderoso conjunto de los pueblos, será imposible derrotarlo aun cuando se puedan lograr éxitos parciales de envergadura (incluso la toma de gobierno y hasta la del poder tal como se lo ha entendido hasta ahora).

Por ende entendimos y entendemos que el proyecto político y social encamado en el MPP, debía y debe ser la expresión de los sectores políticos y sociales que estén de acuerdo con lo anteriormente dicho.

Jamás entendimos que esa tarea estuviera agotada. Todo lo contrario: faltaba y falta mucho. Puede, incluso, reconocer avances y retrocesos.

Entre los que nos definimos socialistas hay discrepancias en torno a cómo lo entendemos. Y entre los que nos definimos por la Liberación también. Eso es lo que debemos discutir y elaborar juntos. Pero es suficiente estar de acuerdo en ambos objetivos estratégicos para poder plantearnos un proyecto conjunto. Lo demás es entera responsabilidad de nuestro trabajo.

Por lo tanto, es en función de estas centrales apreciaciones de carácter estratégico, que debemos entender nuestra política de alianzas: el MPP como palanca -tal vez una de ellas- aglutinante de quienes coinciden en esa gruesa apreciación de fondo. El Frente Amplio como expresión máxima hasta hoy lograda en el plano político por el pueblo uruguayo, de aquella “fuerza motriz” de la fase presente: la de la liberación nacional. De ahí la “vocación” frenteamplista claramente estampada en los documentos fundacionales del MPP.

Nada está dado por sí solo. Que el Frente Amplio sea lo que a nuestro juicio debe ser, o que sea otra cosa, depende del devenir histórico y, también, de nosotros.

En esa empresa: la de aglutinar en una sola organización a las fuerzas que integran el concepto “pueblo”, para la Liberación Nacional, el Frente Amplio puede y debería cumplir un gran papel que va muchísimo más allá de lo electoral. Y en él, forzosamente (se desprende de lo anterior), podrán y deberán estar integradas las fuerzas denominadas “reformistas” desde que ellas expresan políticamente a sectores sociales que componen el “pueblo”.

Entendemos por “reformismo”, a los efectos de ser bien claros, a esa corriente de pensamiento que cuestionando al sistema capitalista propone como camino para llegar al socialismo (o en el caso de los social cristianos, nacionalistas de izquierda -y otros- a una sociedad diferente, muy parecida al socialismo pero definida de otro modo) por la vía de las sucesivas reformas y la acumulación de cambios parciales.

Por lo tanto, dichas fuerzas no son ni pueden ser nuestro ENEMIGO. Por el contrario, nuestra tarea es ganarlas para el emprendimiento estratégico que, a nuestro, juicio, la historia demanda.

Que eso se logre o no, dependerá de muchas cosas pero también de nuestra acción. Si las ubicamos teóricamente entre los enemigos, objetivamente las empujamos, nosotros también, al campo enemigo. Dicho de otro modo: nuestra acción, en ese caso, es objetivamente contrarrevolucionaria. Por más buenas intenciones que pavimenten ese camino.



Pero además y por sobre todo: nuestra concepción de la liberación nacional, y fundamentalmente del socialismo, hace base en un hecho de principios: todo aliado y toda alianza, se basa en la lealtad sin cortapisas. De no ser así, no cimentamos la empresa histórica.

Lejos de nosotros ese grueso error, que tan caro le ha costado a la clase obrera y a los pueblos oprimidos, de MANIPULAR las alianzas; USAR a las organizaciones y a la gente o a los sectores sociales aliados, por “un tramo del camino” para después -como lamentablemente oímos decir muy a menudo- tirarlos a la cuneta. Eso, además de una estupidez -desde que nadie es tan incapaz como para aliarse con quien predica tales cosas- es un crimen político y moral en base al que nada puede construirse.

Por tanto, nuestra concepción de socialismo es pluralista. Lo determina una cuestión de principios: no negamos la posibilidad de que existan todos los partidos y organizaciones proletarias que quieran existir ni nos consideramos UNICOS representantes de los intereses históricos de nadie.

Pero también lo determina el análisis concreto de la situación concreta en las que nos toca actuar: es inimaginable un Uruguay en el que no existan variadas corrientes de pensamiento, organizadas del más diverso modo, tanto en el seno de la clase obrera cuanto en el seno del pueblo, y esa constatación objetiva evidente, es el punto de partida de toda política de alianzas, su necesidad ineludible y, por lo tanto, la elaboración teórica que dé cuenta de esa cuestión crucial para el proceso revolucionario aquí.

En consecuencia, y con más razón todavía, nuestra concepción de la Liberación Nacional es también pluralista. Por lo tanto, el enemigo es el enemigo y los aliados son los aliados. No puede haber confusión al respecto.

El pluralismo y la democracia, en el campo popular, debe ser cuestión de principios. Tratar de ganar las mayorías o aceptar ser minoría cuando se lo es, pasa a ser, ha sido sin claudicaciones, el estilo y la práctica predominante en la corriente de pensamiento de la izquierda uruguaya en la que siempre hemos estado aun a costa, muchas veces, de quedar a la intemperie y recibir ataques desde todos los flancos imaginables e inimaginables. Hay, por parte de dicha corriente, una larguísima historia de combates, que forma parte de nuestra herencia y tradición; de un pasado del que estamos orgullosos, contra las corrientes de pensamiento y acción que postularon y llevaron a la práctica cuando fueron aplastante mayoría, la concepción opuesta. La historia ha saldado, con su fallo inapelable y rotundo, esa vieja polémica. Se trata, a esta altura, de cosa juzgada. Costó, sin embargo, carísimo a la clase obrera y a los pueblos explotados del mundo.

Todo otro intento, como una larga y dolorosa experiencia lo ha demostrado, es desacumulador.

Discrepamos en consecuencia, y no por capricho, con toda ideología que creyéndose dueña de la verdad absoluta, ubica al enemigo dentro de lilas; no vacila en manipular las alianzas; en “acumular” a expensas de ellas; en aprovechar y aun fomentar los problemas internos que puedan aquejar a las organizaciones aliadas; en tratar de reclutar en su seno; en presentar a los denominados -con razón o sin ella, generalmente por decreto interno- “reformistas”, como enemigos principales y a la lucha contra ellos como nuestra principal tarea histórica. Discrepamos también con esa otra actitud -directamente emparentada con las anteriores- consistente en aprovechar, manipular y usar las movilizaciones populares, incluso convocadas por otros, para el mismo tipo de fines exclusivistas por la vía del entrismo en ellas, y por la



de los hechos consumados. Esas actitudes atentan contra el principal objetivo histórico. Lo trituran. Lo desmantelan. Cultivan la desconfianza del pueblo en sus propias fuerzas, lo dividen y desprestigian las ideas revolucionarias.

Muchas veces, a lo largo de nuestra ya larga historia, fuimos acusados de reformistas, a veces por las principales fuerzas reformistas y a veces por otros revolucionarios. No es momento ahora de refrescar, caso por caso, la memoria y preguntar dónde están la mayoría de esos acusadores. Baste decir, por poner un ejemplo sublime de esa viciosa práctica, que la Dirección Colectiva más traidora que reconoce la historia del MLN, desertó en masa, en los peores momentos, con ese “argumento” dirigido contra TODA la organización. Muchos de ellos, como tantos otros, hoy militan en el Partido Nacional. O baste, a los mismos efectos, recordar que la tendencia sindical denominada ‘Tendencia’, recibió, y aún recibe en libros y teorías contemporáneos (porque así “escriben” algunos la “historia”), por parte de quienes fueron en ese entonces (1968-1969) la mayoría, el calificativo de “reformistas” a la hora crucial de dilucidar el momento “óptimo” para la Huelga General (obviamente votado en contra por los autocalificados “revolucionarios”). Caro, muy caro, le costó a la clase obrera y al pueblo uruguayo ese error. Asunto que los crueles hechos saldaron para siempre a favor de los calificados entonces (nosotros) como “reformistas”, por quienes nosotros a su hora, y hoy también cuando analizamos ese pasado, consideramos reformistas.

Es por eso que para nosotros son muy importantes los procedimientos. Muy importante la lealtad en la discrepancia y en el acuerdo. No sólo por gusto sino por convicción estratégica, para nosotros, la confianza política y personal es de fundamental importancia. De nada valen papeles ni palabras cuando los hechos muestran otra cosa. La empresa de construir una fuerza motriz revolucionaria tan vasta como la señalada, hace que este asunto, el de la pureza en los procedimientos, y el de la lealtad en las alianzas, por parte de los revolucionarios, adquiera valor estratégico decisivo. Diríamos más: esa prueba de lealtad, en la que todos basen su confianza, es para nosotros la principal palanca de la creación, en especial para momentos muy duros, no solo de la vasta alianza necesaria, sino de su voluntad de combate.

El pasado, el doloroso presente que puede verse en distintas partes del mundo, y una razonable previsión de futuro, indican que tanto la oligarquía como el imperialismo, no han vacilado, no vacilan, ni vacilarán, en recurrir a la violencia (nos referimos acá a la violencia militar, bélica, directamente cruenta ya que, como es sabido y sufrido, su política es violenta también en casi todos los demás aspectos de la vida) cada vez que lo estimen necesario para la defensa de sus intereses parciales o totales cuando los crean amenazados por el avance de las mayorías populares. Lo que por lo tanto pone un revolucionario en su organización y en sus alianzas es la vida. La suya, la de sus seres queridos, la de sus aliados, la de mucha gente. Y cuando lo que se pone es eso, la confianza es base de todo. En los grandes momentos históricos, revolucionarios son decenas y centenares de miles de personas -no una elite- que, como la historia demostró llegan a dejar sus huesos en los campos de batalla. Porque, entre otras cosas, confiaban en sus compañeros/as. Incluso en los/as que no pertenecían a su organización política ni profesaban sus mismas convicciones filosóficas.

Resulta obvio, por lo dicho, que una vasta gama de fuerzas reformistas hoy, puede formar parte de la fuerza motriz de la revolución históricamente posible. Hay una relación dialéctica entre reformismo y revolución para los países sometidos. Quien sea, todo trabajador lo es al principio de su lucha, sinceramente reformista, pronto comprenderá (por lo menos en los países sometidos: en los países centrales la cosa puede ser distinta y el reformismo tener destino como el tuyo), la naturaleza idealista



de su filosofía. Creemos en eso y por lo tanto confiamos en la honestidad de todos esos compañeros. La historia concreta de la izquierda uruguaya ha mostrado con creces ese proceso (Zelmar, Erro y hasta el mismo Sendic, por mencionar algunos, hubiera cabido -y los metieron allí, porque no faltan nunca aventureros con tanta audacia- dentro de esa grosera denominación peyorativa tan generosamente desparramada).

El Frente Amplio es hoy, o puede ser, una poderosa herramienta para el aglutinamiento de esa imprescindible fuerza estratégica. El día que no lo sea, o que a nuestro leal entender agote sus posibilidades de serlo, no nos quedará más remedio que denunciarlo e irnos.

Todo lo demás caería en un oportunismo repudiable y de nefastas consecuencias porque devora el futuro.

Mientras entendamos que lo es o que puede serlo, nuestra acción en su seno, aun cuando seamos minoría, y con más razón cuando somos mayoría, debe ser pautada por la lealtad.

Es en ese entendido que consideramos legítima toda discusión sobre táctica y sobre estrategia en su seno porque sobre dichos asuntos nunca estará todo dicho. Hoy, como todos sabemos, el Frente Amplio se apresta a discutir ese tipo de cuestiones y sobre ellas el Congreso del MPP deberá fijar posición.

Una importante corriente de pensamiento dentro del Frente propone como línea (estrategia intermedia y táctica inmediata) la que, resumiendo mucho, ha sido denominada de “los acuerdos” o “del acuerdismo”; con el gobierno actual, con algunos sectores de los Partidos Tradicionales y con el Nuevo Espacio.

Nosotros entendemos dos cosas: a) como línea es a nuestro juicio errónea y perjudicial para el Frente Amplio y para el pueblo. Pero hasta ahí la discusión es sobre táctica y sobre estrategia intermedia, b) Sin embargo de lo anterior, la propuesta entraña a nuestro entender otros riesgos, más graves, desde que se ha hecho notorio que muchos de los compañeros que la sostienen están dispuestos, para lograr esos acuerdos, a otorgar puntos programáticos de tanta relevancia que, otorgados, desvirtuarían el carácter del Frente Amplio y lo transformarían no sólo en una fuerza política inútil para alcanzar los objetivos históricos del pueblo, sino también en una fuerza funcional al sistema, o sea, al mantenimiento de la dominación imperial y oligárquica. Esa es nuestra opinión que nada tiene que ver con valorar subjetivamente las intenciones de nadie. Aun cuando las intenciones fueran las mejores del mundo, el análisis objetivo es el que nos lleva a esa convicción.

Este último aspecto de la polémica es el que a nuestro juicio la transforma en decisiva. Porque sobre tácticas y estrategias intermedias podremos discutir y hemos discutido mucho; ganar y perder; equivocarnos y pagar altos precios por nuestros errores, pero siempre habrá tiempo para corregirnos y, lo más importante, la propia práctica, los hechos descarnados e inapelables, serán los encargados de mostrar el camino de la verdad. La historia -los pueblos- comprende y perdona esos errores cuando ellos han sido cometidos en aras de la lucha. Es más: muchos errores de lucha y por la lucha, han enaltecido la confianza popular en sus fuerzas sociales y políticas.

Pero renunciar a nuestros objetivos finales, a la razón de ser del Frente Amplio, negociar nuestro destino irrenunciable, sería algo irreparable y definitivo.

Aceptar ser minoría, entre otras cosas, aceptar que el camino hacia la liberación nacional y el socialismo es largo y pluralista, y será una realidad CUANDO GANEMOS



LA MAYORIA no porque todos pasen a formar parte de nuestra organización sino porque las ideas revolucionarias pasen a ser mayoría en las conciencias. De ninguna manera antes; sea cual sea la “jugarreta” que inventemos para “disimular” ser mayoría sin serlo. Ser mayoría depende de nosotros pero también de las fuerzas sociales en presencia y de su nivel de conciencia. Pretender otra cosa es idealismo puro. Voluntarismo que puede derivar rápidamente -como la experiencia se encargó de mostrar- hacia un crudo autoritarismo reaccionario o a construir los peores desastres.

Nosotros entendemos que el no acuerdo sobre estas cosas, constituye la base de la crisis del MPP que, a nuestro juicio por eso, no ha logrado transformarse en el aglutinador de las personas y fuerzas partidarias de la liberación nacional y el socialismo. Por el contrario, luego de siete años de experiencia, no solo está lejos de ello, sino que, si no corrige sus errores, se alejará cada vez más de ese objetivo transformándose en un grupo estéril. Como tantos que, a lo largo de la historia de la izquierda nacional y mundial han pasado de sectas a la desaparición absoluta o a la petrificación. Alguien, otros, tomarán a su cargo esa tarea y, de no ser así, el imperialismo y la oligarquía seguirán campeando por sus fueros conduciendo más pronto que tarde a la barbarie.

El socialismo no está predeterminado por ninguna entidad metafísica aunque venga disfrazada de ciencia y, por lo tanto, no puede haber nadie -persona y organización- dueña de las llaves que conducen al Paraíso. Hay que partir de esa modestia para combatir la soberbia intelectual y comprender que el camino de la verdad teórica también es una elaboración colectiva que para ser genuina, debe ser contrastada obligatoriamente con la inapelable opinión de las grandes masas. Mientras tanto: puede ser una muy correcta teoría de carácter académico, con fecundidad potencial, pero sin carnadura en la historia.

El MLN tiene una gran responsabilidad en la crisis del MPP y hace autocrítica de ello. La tiene porque las mismas discrepancias y errores que señalamos más arriba para el seno del MPP han existido y, tal vez existan todavía, en su seno. No haberlas resuelto en nuestra organización, nos impidieron contribuir a resolverlas en el MPP y, lo que es peor, transferimos a esa fuerza nuestros problemas.

Si nos guiamos entonces por nuestra propia experiencia, podríamos afirmar que este debate y estos errores recorren las filas de las fuerzas revolucionarias y de ahí un elemento más para señalar su importancia. No estamos hablando de algo en lo que no tenemos nada que ver. Este documento es, en primer lugar, una autocrítica.

El MPP es un instrumento necesario para el pueblo siempre y cuando cumpla su rol. Puestos a rediscutir ese “proyecto” en el Congreso de 1996, la afirmación rotunda que encabeza este numeral, está a nuestro juicio fuera de discusión. El problema consiste en analizar si estamos cumpliendo el rol o lo estamos desvirtuando por la vía de los hechos.

Hemos perdido organizaciones integrantes y hemos perdido compañeros/ as independientes. No hemos logrado aglutinar todo lo que podríamos. Que es mucho.

Porque el espacio convocable por el MPP es mucho mayor que el efectivamente convocado a la fecha.

A nuestro juicio, hasta los vicios organizativos que no hemos sabido superar, tienen como causa de fondo las que venimos señalando.



Ella nos impide acceder a muchos compañeros/as y organizaciones tanto políticas como sociales. Impide estrechar vínculos, mantener diálogos respetuosos y fructíferos, consolidar organizatividad y movilización. Elaborar ideas.

La “estrategia” que aplicamos por vía de los hechos, nos aleja de esa que es -y ello no forma parte de un capricho sino de la realidad objetiva y el análisis de fuerzas en presencia- ajusto título, “nuestra gente”.

O el MPP es de ellos/as o sencillamente no es. Esta tarea es para el MPP un “axioma de existencia”.

La mal denominada “lucha contra el reformismo” -que a nuestro juicio por lo general no es tal-, se transforma, por la vía de los hechos, en ataques virulentos, preocupación obsesiva, facilismo, agresividad y permisividad para la aplicación de cualquier procedimiento. Barrera infranqueable para llegar a quienes debemos llegar (toda discrepancia, incluso en el seno del MPP, es prontamente incluíble, con razón o sin ella, bajo la etiqueta atacable) y, lo que es peor por sus consecuencias para el proceso: imposibilita el diálogo y el VERDADERO DEBATE que debemos dar entre nosotros y con los verdaderos reformistas. Por si ello fuera poco, nos desautoriza lenta pero inexorablemente para dar con éxito ese y otros debates estratégicos. Resulta obvio que cuando se pierde la confianza es imposible discutir estrategia salvo que dicha discusión sea una farsa. Desnaturaliza, por fin, nuestra misión.

Muchas veces, bajo la denominación de “lucha contra el reformismo” se esconde lisa y llanamente una sorda lucha por el poder interno ya sea en el MPP o en el FA, al servicio, o bien de proyectos diferentes o bien de “acumulaciones” sin destino. Es fácil caer en esa tentación cuando el clima enrarecido lo favorece. Y esa “estrategia” a nuestro juicio, errónea, es errónea por eso mismo: porque enrarece todo clima imposibilitando la tarea central: organizar a los revolucionarios/as y organizar la “fuerza motriz” de la revolución históricamente posible. Fuerza social y política que como vimos, debe ser multifacética, plural, e incluir en su seno a las corrientes reformistas. Lo determina así nuestro carácter de país sometido.

El debate con el reformismo admite diferentes tensiones según el momento y los acontecimientos. Pero nunca puede pasar a ser una lucha sin cuartel con fuerzas caracterizadas erróneamente como antagónicas. No lo son.

Tal vez lo hayan sido en otros momentos históricos y en otras latitudes del planeta pero no vale extrapolar análisis que fueron hechos para otras realidades. Eso es demasiado fácil pero muy peligroso siempre.

Tratándose de fuerzas sociales y políticas actuando en la historia y no en la metafísica, es de suma responsabilidad hacer el esfuerzo de analizar nuestra propia realidad y sacar nuestras propias conclusiones.

Una cosa es utilizar los instrumentos metodológicos que nos legaron quienes nos precedieron en la lucha y otra, muy distinta, es descansar irresponsablemente sobre ellos sin usarlos creyendo que aquellos luchadores nos resolvieron de una vez y para siempre nuestros propios problemas.

Los reformistas sí, muchas veces, utilizan y utilizarán contra nosotros aquellos malos procedimientos. Peor para ellos. Quedarán tarde o temprano, desmentidos por el proceso en su transcurrir.



Nuestra principal táctica en ese debate necesario debe ser la lucha contra el enemigo principal como centro de nuestra acción. La organización de las fuerzas populares y su movilización contra el enemigo principal.

Paradójicamente, en esos casos y para esa crucial tarea, deberemos trabajar con sectores populares y aun con organizaciones, cuya conciencia posible es reformista. Y sabemos por experiencia que eso, haber avanzado hasta esa conciencia abandonando la ideología reaccionaria, es un gran avance en la larga marcha del pueblo.

Por otra parte, el reformismo conspicuo, organizado, ilustrado, militante y teorizador, viene casi siempre de la mano del oportunismo lo cual hace muy difícil discutir con ellos solo en el terreno de las palabras, los documentos o las teorizaciones. No vacilan, muchas veces, en aprobar lo que sostenemos y hasta ponerse a la izquierda de nuestra posiciones. Muchos reaccionarios se disfrazan de reformistas y muchos reformistas de revolucionarios.

“Es muy difícil cazar a un oportunista” se dijo hace mucho.

“Por las obras los conoceréis” dijeron antes.

Entrar en ese tipo de polémicas es entrar en su corralito de ramas.

Generar movilizaciones, organización y combatividad por causas justas y contra el enemigo principal, además de ser una buena contribución a la lucha de todos, desnuda el carácter de la verdad y obliga a definirse. Coloca el debate donde debe estar.

En los momentos que corren podemos y debemos ser muy “propositivos”.

El gran debate contra el enemigo principal, la acumulación lograda por el pueblo, y los momentos que se avecinan, así lo determinan. La izquierda radical, mejor dicho la izquierda a secas y por ende sus fuerzas revolucionarias, al aproximarse al gobierno y, de ser posible como es deseable y necesario, al poder, TIENE LA OBLIGACION HISTORICA de levantar propuesta, programa, o como quiera llamársele, PARA TODA LA SOCIEDAD tal como lo hizo en su hora, al comienzo tal vez de este último gran envión del proceso histórico, el CONGRESO DEL PUEBLO. Serio, fundado, creíble. De otro modo quedaremos desautorizados, y un largo período de enormes sacrificios será tirado por la borda.

Tenemos a disposición, en nuestro gran “mar territorial” que espera -ojalá que no espere en vano-, las fuerzas y las compañeras/os capacitadas/os por una también larga acumulación, que pertenece a todos, para levantar bien alto esas banderas programáticas, concretas y ciertas reformuladas para la hora actual de acuerdo a los cambios sucedidos. Es una herencia y una formidable arma para el inmediato futuro.

Debemos ser, al mismo tiempo, muy organizadores, dinamizadores y movilizadores. No limitar nuestra acción a la denuncia. No quedarnos solamente en la crítica. Ambas cosas deben hacerse: el error está en que sean lo único. Hay posibilidades y necesidades de crecer, organizar y movilizar. No sólo nuestras sino de nuestro pueblo. Nuestro principal “teatro de operaciones” está allí. Esa es nuestra tarea principal y también nuestro rol histórico.

Debemos comenzar por una sincera autocrítica en el seno de cada fuerza integrante del MPP y por parte de cada compañero/a. Este documento es un esfuerzo del MLN en ese sentido.



A renglón seguido, por un debate de fondo que defina claramente nuestras metas y nuestro rol como fuerza al servicio del pueblo. Después, tender una mano a los/as compañeros/as y fuerzas integrantes del "Sub-lema" invitándolos/as a sumarse al emprendimiento colectivo y profundizando la relación.

Hacerlo con el espíritu que venimos proponiendo. Sin menospreciar a nadie. Respetando a todos. Con generosidad y altura de miras.

En suma: crecer. Crecer creando organización y movilización. Crecer estrechando relaciones con todas las fuerzas sociales y políticas organizadas con las que podamos compartir niveles -los máximos posibles- de unidad de acción.

Crecer con los sectores sociales objetivamente aliados: la clase obrera, los mal llamados marginados, los jóvenes, los trabajadores en general y, en fin, todos aquellos que por su ubicación en la economía y en la relación de sometimiento, son OBJETIVAMENTE potenciales aliados.

El crecimiento no es solo una necesidad para poder desempeñar las tareas que se deben hacer, sino una posibilidad emergente de la propia acción del enemigo. Las dos condiciones están dadas. Depende de nosotros hacerlo. Y, si lo hacemos, habrá Patria para todos.

MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL
(TUPAMAROS)